

I

Mundo perdido

When they approach me they see only my surroundings, themselves, or figments of their imagination – indeed, everything and anything except me.

Ralph Ellison

Viernes nació mientras su padre trabajaba como peón en las excavaciones del Mundo Perdido de la Ciudad de las Voces, conocida por la voz aborígen de Tikal. Fue en el lugar de los árboles, que también han llamado jardín de la eterna primavera, una tierra montañosa y selvática en la cintura de América.

Sucedió en la última mitad del siglo veinte, después de la detonación de las bombas atómicas. Adonde inicia este relato, los acontecimientos que alteraron el curso de la historia llegaron tan sólo como un leve rumor arrastrado por el viento o las aves migratorias. Nada de aquello importaba en lo más profundo de la selva tropical, en el corazón del bosque lluvioso, para aquel grupo de aborígenes aislados de la vorágine de la civilización occidental.

Tikal, o Mutul como era conocida entonces, fue una de las ciudades más grandes del área, durante

el período clásico de la civilización aborigen que surgió en aquella parte del mundo. Era un centro ceremonial que tuvo unas tres mil edificaciones y una población de cien mil personas durante su apogeo. Actuaba como la autoridad central para organizar y reglamentar las actividades agrícolas para la extensa comunidad que la sustentaba. La casta sacerdotal regulaba la repartición de tierras y su rotación, indicaba las nuevas parcelas a desmontar, el ciclo de los cultivos y la parte de la cosecha que serviría de ofrenda para los templos, depósitos sagrados para las siembras venideras.

La ciudad fue abandonada cerca del año novecientos por causas que aún se ignoran. Se ha especulado que se debió a la interrupción de importantes rutas de abastecimiento comercial, al rompimiento del delicado equilibrio agrícola por el incremento de población o a que sus habitantes perdieron la guerra contra una ciudad rival y los sobrevivientes fueron esclavizados, tal vez sacrificados. Algunos se replegaron hacia las montañas del sur o las selvas del norte, retornando a las tareas básicas de subsistencia de los pequeños cultivadores, abandonando el afán de acercarse a los centros ceremoniales para intercambiar sus mercancías y rogar el favor de los dioses.

La primera noticia de la existencia de la ciudad en ruinas se le atribuye al padre Andrés de Avedaño, en 1695, quien la descubrió por casualidad. La descripción del hallazgo es tan vaga que bien pudo tratarse de otro complejo ceremonial soterrado bajo la abundante vegetación de la selva circundante. Por el detalle y precisión de la descripción del hallazgo, la expedición de Modesto Méndez y

Ambrosio Tut y el reporte que se publicara en Alemania, en 1853, registran su descubrimiento oficial. Dicha publicación despertó la curiosidad y motivó las visitas del suizo Gustav Bernoulli, del inglés Alfred P. Maudslay, el austriaco Teobert Maler, el estadounidense Alfred Tozzer y el conspicuo Sylvanus Morley, quien contó con el apoyo de la *Carnegie Institution* durante las exploraciones que emprendió entre 1914 y 1928. Algunos fueron investigadores legítimos, pero varios fueron simples ex-poliadores, interesados no en aumentar el conocimiento sino en acrecentar el número de curiosidades en los catálogos de museos, galerías y coleccionistas privados. El museo de la Universidad de Pennsylvania estableció el primer proyecto de excavación en Tikal, entre 1956 y 1970. En los años siguientes, profesores de dicha universidad, en conjunción con investigadores locales, descubrieron un complejo de edificaciones que llamaron “Mundo Perdido”, al que llegaron a laborar arqueólogos de todo el planeta.

La ruta por la selva de Viernes padre no fue casual. Al contrario, formaba parte de un designio ulterior que le fuera revelado en una conversación con un jaguar en llamas, en lo profundo de una gruta sin término, frecuentada por los murciélagos y los tecolotes. Durante su infancia tardía, Viernes padre tuvo una ensoñación que lo atemorizó pero que, al relatarla, alegró a los suyos. Cuando concluyó los ritos de pasaje a la adultez, se alejó de la cíclica ruta migratoria de su grupo familiar, a lo largo y ancho de la sierra lacandona, bajo la verde bóveda de los caobos, ceibas, cedros, chicozapotes, amates, guayacanes y palos de hormigo para

emprender la peregrinación hacia la cual lo lanzó aquella visión.

En soledad, a trote de venado, recorrió la selva sin senderos. Entre la niebla y la penumbra, bajo los guarumos, corozos, coyoles, xates, pacayas y plantas de guano, en pos de los centros sagrados descubiertos como sitios arqueológicos o aún resguardados de la mirada occidental bajo la densa vegetación de la jungla. Atravesando ziguanes, en cuya profundidad susurraban los ríos sobre lechos de piedras de obsidiana, pedernales lustrosos y arena negra, sobre troncos derrumbados por las lluvias. Caminos de aguas rojas, caminos de aguas blancas, caminos de aguas tenebrosas, caminos de aguas amarillas. Riachuelos teñidos de sangre. Riachuelos traslúcidos de agua recién nacida. Ojos de agua, manantiales del rocío de la aurora. Viernes padre pasó noches en las cimas de los cerros o de las pirámides, sumido en una oscuridad tan densa que parecía cobijado bajo las alas de un murciélago gigantesco.

Su tarea, nunca pronunciada, jamás declarada, consistía en vencer las pruebas que le tendían los engañosos señores ocultos: alguna vez combatió contra un centenar de nauyacac que se le enroscaba insistentemente al cuello; resistió la marcha de miles de hormigas sobre su cuerpo; un lagarto lo pescó del pie y lo arrastró por el pantano hasta una gruta situada bajo de agua, donde lo enfrentó en una furiosa lucha cuerpo a cuerpo. En un claro de la selva, fue atacado durante tres días consecutivos por los hombres de palo de tzité, cuyos pálidos rostros estragados se contraían en una horrenda mueca de angustia cuando eran derrotados por el